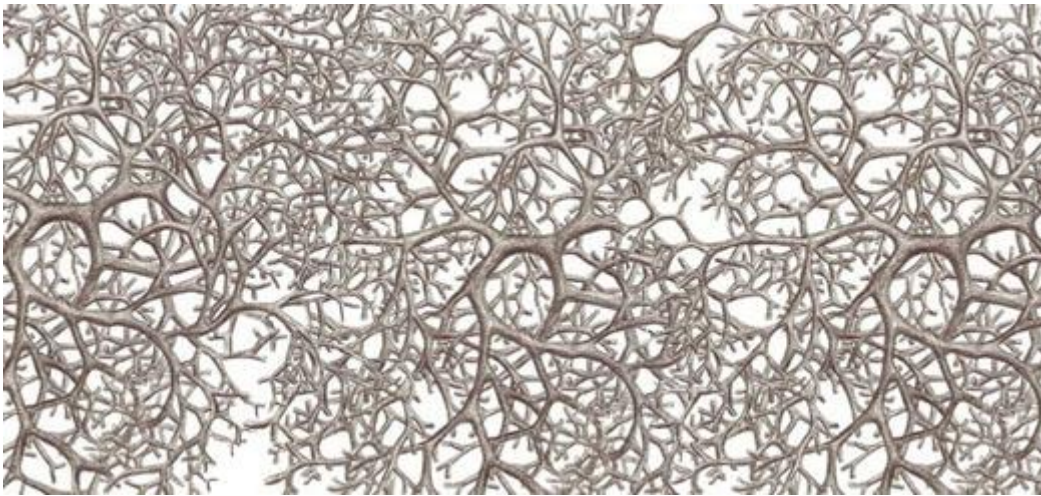


# Mapas sin centro, espaciamientos rizomáticos del lado oculto

Raúl Prada Alcoreza



¿Cómo funciona el *lado oculto de la economía y el lado oculto del poder*? Al respecto hay que tener en cuenta que ha fracasado la “guerra contra el narcotráfico”. ¿Por qué? Si se tiene en cuenta una descripción somera de a quienes se atrapa, se puede observar que la gran masa demográfica de los presos por narcotráfico son lo que podemos considerar, metafóricamente, pequeños peces, en Bolivia denominamos *ispis*. Incluso cuando se llega a atrapar a lo que se denominan los grandes “capos”, además de dismantelar, por lo menos, parte de la red y de los circuitos, afectando a la organización clandestina, el funcionamiento de los *tráficos ilícitos* persiste, fuera de parecer que, mas bien, se expande y hasta se fortalece. ¿Por qué? Uno de los errores de la “guerra contra el narcotráfico” parece ser el mismo *enfoque* o lo que podemos llamar el pre-supuesto o pre-formato de *mapa arborescente, centrado y con troncos* que sostienen el *enramado*, además de sostenerse en *rizomas de raíces*. Tal parece que las dinámicas del *lado oculto de la economía y el poder* no funciona de esa manera, pues cuando se afecta a sus supuestos *centros y troncos*, el *tejido* de estos *funcionamientos* vuelve a reproducirse.

Por lo tanto, no es lo más adecuado creer que *las economías políticas de los tráfico ilícitos* forman *mapas centrados y arborescente*; mas bien, habría que enfocar el fenómeno del *lado oscuro de la economía y del poder* desde una *perspectiva rizomática*. No hay *centro*, ni *ejes*, ni *troncos*, sino *flujos rizomáticos*, capaces de reconstruir los tejidos afectados, por más destrozados que se encuentren; nuevamente lo roto o quebrado reaparece como si nada. En consecuencia, habría que sugerir que los famosos “capos” no son exactamente los *centros* de las *formas de organización, desorganización y reorganización* de lo que se denomina *cárteles*; así como tampoco, hay que considerar *ejes* de sus *formas de organización*. Al contrario, habría que pensar que cualquier *punto* puede ser el *centro virtual*. Por eso, cuando se atrapa a “capos”

o se desmantela parte de la organización "criminal", el *tejido* de *espaciamentos rizomáticos* vuelve a recomponerse. Puede ocurrir esto en la misma organización "criminal" o sino en cualquier otra u otras que emergen.

Lo que decimos nos lleva insólitamente a conclusiones sorprendentes, que son ilustrativas, aunque solo sirvan como hipótesis interpretativas de aproximación. Una de estas hipótesis diría que los llamados "capos" no son tan "capos", como se cree. Estos personajes dramáticos y convertidos en *monstruos del crimen* parecen, mas bien, atrapados en las propias *redes* del narcotráfico y en los *juegos* de la competencia despiadada por el *control* territorial. Parecen ser, mas bien, personas, por más carismáticas que sean, provisionales y cambiables. La *calidad* y la *fuerza* de las *formas del lado oculto de la economía y del poder* parece radicar en *flujos autónomos* o semiautónomos, que pueden asociarse y formar grandes cadenas y organizaciones eficientes, tanto de producción ilícita, así como de distribución ilícita, también consumo ilícito.

El Estado tiene una *estructura arborescente, centrada, con tronco y ejes*, que sostiene enramadas. Lo mismo pasa con las organizaciones internacionales que intervienen en la "guerra contra el narcotráfico", ni que decir del *orden mundial*. El Estado, la policía, los dispositivos nacionales e internacionales de "lucha contra el narcotráfico" son *mapas arborescentes*. Se enfrentan a *formas de organización, desorganización y reorganización no arborescentes ni centradas*, formas que ya hemos llamado *rizomáticas*. Una primera conclusión, que podemos sacar de esta interpretación es que la guerra del Estado y los organismos internacionales lleva las de perder, pues se enfrenta a *flujos a-centrados*, que pueden reproducir sus *tejidos* afectados,

precisamente por *asociaciones* de *mónadas*, que actúan autónomamente y de una manera imprevista. Estos *dispositivos de la interdicción* se concentran en *centros*, en *troncos* de la organización "criminal"; creen que, atrapando a los "capos", destruyendo estos *centros* y destruyendo sus *troncos*, pueden desbaratar al narcotráfico. Se equivocan, pues no hay exactamente *centros* ni *troncos* imprescindibles, tampoco "capos" fundamentales; los *centros*, los *troncos*, los "capos" pueden ser remplazados. Es más, son remplazados no porque sean exactamente necesarios, sino por que es la forma de presentarse y representarse ante el Estado y el *orden mundial*, ante los imaginarios oficiales, que creen que la única forma de organización posible es *arborescente*. Por eso, las *estructuras centradas* del Estado y del *orden mundial*, de las organizaciones internacionales de interdicción, quedan asombradas y derrotadas, cuando, después de dar golpes certeros contra los "capos" y *cárteles*, vuelven a observar la regeneración de lo que consideran la *monstruosidad del mal*.

Bueno pues, no solo que la "guerra contra el narcotráfico" ha fracasado, sino que el *enfoque* que supone esta guerra, que deriva del *paradigma centrado y arborescente*, ha mostrado su completa inutilidad. Para decirlo en términos del lenguaje militar y policial en boga, los *dispositivos* de la "guerra contra el narcotráfico" no visualizan al *enemigo*; creen que se mueve de la misma forma que las instituciones estatales, cuando no es así; se mueven de otra manera.

Lo que más se ha acercado a una aproximación más pertinente, a tener información adecuada sobre los *cárteles* y a tener una contigua *comprensión* de lo que ocurre, sean los métodos de "infiltración" de los organismos internacionales de interdicción. Sin embargo, a pesar de contar con información empírica y cercana, la forma de procesar esta

información, que no deja de ser *centrada y arborescente*, limita la utilidad de los datos que acumulan. Terminan interpretando de la misma manera acostumbrada, *centrada y arborescente*. En consecuencia, las interpretaciones a las que llegan derivan en las mismas tácticas y estrategias de la “guerra contra el narcotráfico” fracasada.

Estamos ante una guerra perdida de antemano. Que solo persiste, con grandes recursos y presupuestos, por la tozudez de los Estados, la policía, el ejército, cuando interviene, los organismos internacionales de interdicción. ¿Entonces, de qué se trata? ¿De continuar la “guerra contra el narcotráfico”, empero con estrategias y tácticas distintas, que cambien el *enfoque centrado y arborescente*, por un *enfoque rizomático*? Puede ser plausible esta opción; sin embargo, esto equivale a una *transformación* profunda de los *dispositivos*, organismos, *máquinas de guerra* involucradas; lo que no parece realizable, dada las *genealogías* del Estado y del *orden mundial*. Pero ¿Qué significa cambiar a un *enfoque rizomático* y derivar en *acciones* también *rizomáticas*? En primer lugar, parecerse a *las formas de funcionamiento y de organización* del *enemigo* declarado. El riesgo constatado de estas analogías es que policías y “delincuentes” terminan confundándose, organismos de interdicción y *cárteles* terminan pareciéndose, dispositivos de “lucha contra el narcotráfico” y *mafias* se hacen similares. Se acercan tanto que ya no se sabe quién es quién.

La segunda conclusión de esta interpretación hipotética y aproximativa es: no tiene sentido esa “guerra contra el narcotráfico”; la mejor manera de acabar con el narcotráfico no es la *guerra*, sino la búsqueda de *acuerdos y consensos* que pongan fin al entramado dramático, fin

compartido por todas las partes. Puede esto parecer altamente romántico y hasta inocente, cargado de buenas intenciones, en un mundo donde el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones. Sin embargo, al recurrir o desplazarse al *enfoque rizomático*, lo que sobresale a la *fenomenología de la comprensión* es que los *flujos rizomáticos*, en su condición de *mónadas*, no son, en sí mismos, inclinados a la asociación o asociaciones del *lado oscuro de la economía y del poder*. Que esto ocurra es por los condicionamientos de las *estructuras de poder dominantes* y las *estructuras económicas hegemónicas*. Si las *mónadas* de los *flujos* encuentran otras *asociaciones* posibles, se conformarían otras *composiciones*, con mejores irradiaciones y alcances, más armónicos socialmente.

Las *formas del lado oscuro de la economía y el poder* emergen de la misma *sociedad institucionalizada*, que ha construido al Estado, las mallas institucionales estatales, sociales y culturales. Entonces, el *problema* se encuentra en el mismo marco de las *relaciones sociales* de las sociedades modernas. Si se dan las famosas *mafias* y otras *estructuras de poder paralelas* a las institucionales es porque la semilla se encuentra en la misma sociedad que se defiende de estos *males*. La tercera conclusión que sugerimos es la siguiente: se requiere que la *sociedad institucionalizada* se enfrente a sí misma. Deje la *catarsis* acostumbrada para expiar imaginariamente los *males* que enfrenta; deje de buscar *culpables* y se encamine a *comprender* las *dinámicas sociales* que producen esta *dualidad*, para decirlo esquemáticamente, entre *bien* y *mal*.

La *sociedad institucionalizada* debe retornar a su *substrato*, a la *sociedad alterativa*; tiene que enfrentar sus propias contradicciones. Sobre todo, está obligada a *deconstruir* sus propios *imaginarios* y

enfrentarse a sus *ilusiones*, a sus *fetiches*. La felicidad no se encuentra en la *acumulación*, tampoco en el enriquecimiento ilícito. La *angustia humana* se desenvuelve tanto en los ámbitos de la *sociedad institucionalizada*, así como en los ámbitos de la *diseminación* de esta sociedad, donde la *decadencia* social no se expresa ya en la reiteración de la *banalidad cultural* y la cultura de la banalidad, sino en comportamientos desesperados, que derivan en las *formas de violencia* más intensas.

Lo que las sociedades modernas contemporáneas enfrentan es la propia *decadencia* de la *civilización moderna*. La *decadencia* puede expresarse en la rutina del *sistema-mundo cultural de la banalidad*, así como en la explosión de violencias proliferantes del *a-sistema-mundo del lado oculto de la economía y del poder*. Esta *angustia* no se resuelve ni por un lado u otro, ni por la rutina tradicional de la recurrencia consumista, tampoco por la descarnada violencia de la dominación grotesca, que reclama para sus actores, desesperadamente, el *reconocimiento* que no lo tienen. La *angustia* tiene que ser atendida de manera directa, hurgar en su *genealogía* y *arqueología*, *comprender* su generación y sus *arquetipos*. Las sociedades humanas cuentan con capacidades liberadoras, por así decirlo, la *comunicación* y la *reflexión*, colectiva e individual. Por eso es menester darse la oportunidad de realizar esta *comunicación* y estas *reflexiones*. No parece sostenible decir que se apostarían por mantener el despliegue de la *angustia*; es, mas bien, de esperar, que se opte por la posibilidad de suspender la *angustia* heredada y congénita.

La última conclusión de este ensayo es: es racional que las sociedades y pueblos se den la oportunidad de escapar a la fatalidad, al dramatismo de lo que parecen ser destinos inscritos. Salir del

*esquematismo dualista* religioso y moralista de que hay *mal* y hay *bien*, como *sustancias* o *esencias* del acontecer humano. Por lo tanto, salir de la *trama* sencilla y esquemática del enfrentamiento entre *buenos* y *malos*. Volver a la pregunta que la hemos repetido, una y otra vez: ¿Cómo hemos llegado a ser lo que somos en el momento presente? Es menester dejar hablar a todos los actores de los dramas modernos contemporáneos; preguntarles: ¿Por qué hacen lo que hacen? Si se pudiera acudir colectivamente a esta pregunta, se podría acudir a otra: ¿Qué hacer para llegar a acuerdos y transitar a sociedades que no aniden la *angustia*, que cultiven la *confianza*?